



Asamblea General

Distr. general
23 de enero de 2001
Español
Original: inglés

Quincuagésimo quinto período de sesiones

Tema 50 del programa

Las causas de los conflictos y la promoción de la paz duradera y el desarrollo sostenible en África

Carta de fecha 22 de enero de 2001 dirigida al Presidente de la Asamblea General por el Encargado de Negocios interino de la Misión de los Estados Unidos de América ante las Naciones Unidas

Tengo el honor de adjuntar a la presente el texto del discurso que el Embajador Richard C. Holbrooke pronunció ante el Grupo de Estados de África el 17 de enero de 2001 (véase anexo).

Agradecería que hiciera distribuir el texto de esta carta y su anexo como documento de la Asamblea General.

(Firmado) James B. **Cunningham**
Encargado de Negocios interino

Anexo de la carta de fecha 22 de enero de 2001 dirigida al Presidente de la Asamblea General por el Encargado de Negocios interino de la Misión de los Estados Unidos de América ante las Naciones Unidas

Discurso ante el Grupo de Estados de África pronunciado por el Embajador Richard C. Holbrooke, Representante Permanente de los Estados Unidos de América ante las Naciones Unidas, en la Biblioteca Dag Hammarskjöld el 17 de enero de 2001

Muchísimas gracias, Señor Embajador, y gracias por esta magnífica oportunidad que me brinda de decir adiós a mis amigos del Grupo de Estados de África y a tantos otros embajadores y amigos que han venido hoy aquí, y a mis subalternos que, según creo, recibieron la orden de venir aquí. Quiero darles las gracias, a usted, Señor Embajador, y al Embajador Kpostra, en su calidad de representante del Presidente de la Organización de la Unidad Africana (OUA), por brindarme esta oportunidad, y también quiero unirme a ustedes y dar las gracias al hombre al que ustedes acertadamente llaman “el jefe”, mi jefe, Arthur Mbanefo, mi amigo y mi jefe, por esa maravillosa recepción de anoche. No se me ocurre ningún otro Embajador ante las Naciones Unidas que yo escogería para ofrecer la recepción aparte de Arthur Mbanefo, un gran Embajador, un gran amigo y representante de un gran país. Muchísimas gracias.

Este es el único grupo regional ante el cual hablaré y es cierto, como dijo el Embajador Juwayeyi, que ha sido en parte por sugerencia propia y en parte por invitación de la OUA, pero quería dirigirme a África porque hace un año y medio, en las audiencias para mi confirmación en el cargo, prometí que daríamos prioridad a África. Además, quería presentarles, al término de la misión, una especie de informe sobre lo que hemos hecho, lo que creo que hemos aprendido y algunas ideas. Prometo que, en consonancia con mi reputación, haré algunas propuestas provocativas durante los próximos minutos.

Sin embargo, quiero empezar dándoles las gracias por su amistad, consejo y estímulo. Sigue en pie nuestra firme intención de llevar a término nuestro que hacer y, como ciudadano corriente, me seguiré ocupando vivamente de los asuntos y cuestiones relacionados con África. Nos quedan dos días y mi última sesión oficial en las Naciones Unidas será una sesión abierta del Consejo de Seguridad sobre el VIH/SIDA y sobre el mantenimiento de la paz. Espero que muchos de ustedes puedan asistir. En esa sesión, pienso hablar con mucha franqueza de lo que están haciendo las Naciones Unidas para combatir el SIDA, que en mi opinión sigue siendo insuficiente, especialmente entre sus propios contingentes de mantenimiento de la paz.

Así pues, reservemos el SIDA para la sesión pública de pasado mañana y hablemos de otras cuestiones relativas a África. Empezaré enunciando tres afirmaciones sencillas, fundamentales y relacionadas entre sí.

África importa.

Las Naciones Unidas importan.

Y la postura de los Estados Unidos en apoyo tanto de la institución de las Naciones Unidas como de África se ha fortalecido enormemente en los últimos dos años.

Concretamente, con respecto a África he oído a menudo acusaciones de un doble rasero. Sé de dónde vienen. Permítaseme decir claramente que, por lo menos en lo que a mí concierne, ese doble rasero no existe.

Vine a Nueva York con tres prioridades explícitas principales: reforma de la escala de cuotas de las Naciones Unidas y de la institución en su conjunto, los Balcanes y África. Nos ocuparemos de los Balcanes mañana en el Consejo de Seguridad. En cuanto a la escala de cuotas, los parámetros de nuestra aportación se fijaron atendiendo a la necesidad de salvaguardar las Naciones Unidas llevando a cabo reformas fundamentales.

Sin embargo, en África necesitaba aprender antes de poder actuar y, mis mejores maestros fueron las personas presentes aquí y otros, con especial mención de nuestro gran Secretario General Kofi Annan. Ustedes me hicieron descubrir la complejidad de sus países, me enseñaron a distinguir entre las características particulares de países que muy pocas personas en los Estados Unidos de América conocen individualmente. Y me prometieron que si realizaba un esfuerzo sostenido me apoyarían.

Cuando anuncié que mi primer viaje importante sería a África (si bien anteriormente hice dos viajes cortos, uno a Timor Oriental y otro a los Balcanes), ustedes, los embajadores de la Comunidad del África Meridional para el Desarrollo, cuando anuncié primero que sería “un viaje para aprender y escuchar”, acertadamente vinieron junto a mí y dijeron que con eso no bastaba. No podía ir simplemente a aprender y escuchar. Tenía que ir a hacer algo. Ustedes tenían razón y yo acepté en el acto cambiar el tipo de misión. Me preocupaba que si emprendía un viaje para pasar a la acción sin saber nada sobre la zona, ustedes (los embajadores aquí presentes) dirían que era arrogancia propia de un estadounidense. Por eso traté de ir primero con intención de aprender, pero cuando ustedes me dijeron que fuera primero como activista, les hice caso e hice lo que me pedían, que era no ir simplemente a escuchar, que es lo que he hecho en otras partes del mundo. Ustedes me abrieron puertas en todo el continente africano y en ese primer viaje Kati y yo fuimos a 10 países. Les agradezco profundamente su hospitalidad y pido disculpas a aquellos países que me pidieron que fuera y no he tenido todavía ocasión de visitar. Ustedes me hicieron conocer cara a cara las crisis individuales y los desafíos que se les presentan diariamente y, finalmente, ustedes dejaron claras la fe y la esperanza que los pueblos de África han puesto en las Naciones Unidas y en los Estados Unidos.

Nuestra primera escala fue Malí y la segunda Angola. El contraste no podía haber sido más claro. En Malí, donde fui recibido por mi amigo Moctar Ouane y su Presidente, el Presidente Konare, vimos una estructura política floreciente (a pesar de la pobreza) y un progreso admirable. Sin embargo, en Angola, con una de las situaciones más difíciles que yo he visto jamás, quizá el peor país que he visitado en cuanto a la situación de la población, vi lo que todos ustedes conocen, un país en guerra consigo mismo desde 1961 (a pesar de tres importantes procesos de paz, cinco operaciones de las Naciones Unidas y miles de millones de dólares en ayuda humanitaria), personas que siguen sufriendo y la tasa de mortalidad infantil más alta del mundo, todo esto en un país que suministra al nuestro el 7% de su ración diaria de petróleo y que ingresa miles de millones de dólares en divisas.

Como señalaron los obispos de Angola en su carta pastoral, son las personas las que sufren cuando un conflicto por el poder se alimenta de petróleo y diamantes. Las superpotencias convirtieron ese hermoso país en campo de batalla de la guerra fría. Con el fin de ésta y un giro tardío, que se hizo esperar demasiado pero fue bien recibido, en la política de ambages con Savimbi que hasta entonces habían practicado los Estados Unidos, llegó la oportunidad de mejorar la situación, pero la situación sigue siendo terrible. Vi con mis propios ojos a algunos de los 2,5 millones de refugiados internos en Angola que quedan fuera del radio de acción de la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR). Fue ese viaje a Angola, más que cualquier otra cosa, lo que impulsó nuestra incesante campaña para conseguir que el ACNUR se hiciera cargo de los refugiados internos, los llamados desplazados internos, y yo les exhorto a ustedes, mis amigos aquí presentes, a que no dejen de lado esta cuestión. He hablado de esto con el Primer Ministro Lubbers, el nuevo Jefe del ACNUR, y está absorbido por la cuestión, al igual que el Secretario General Annan, pero a mí me parece vergonzoso que miembros de otras burocracias se me acerquen y empiecen a discutir de quién es la culpa o de quién es la responsabilidad. Que se reúnan y designen en cada país un organismo que dirija las actividades en pro de los refugiados internos. En la mayoría de los casos debería ser el ACNUR, pero si no es así, que designen a otro. Que no se queden sentados en Nueva York y Ginebra discutiendo y buscando culpables con el dedo.

En Angola vi un gobierno corrupto e incompetente trabajando en combate con un movimiento insurgente censurable, sin que ninguno de los dos antepusiera a sus propios intereses los del pueblo de Angola. Conocí a un joven periodista llamado Rafael Marques que había pasado 38 días en la cárcel por publicar un artículo contra la corrupción en las altas esferas. Conocí a un sacerdote que había sido torturado por el servicio secreto colonial, pero que a pesar de ello había dedicado el resto de su vida a la causa de la justicia social. Y conocí a hombres y mujeres de buena voluntad, tanto en el Gobierno como en la sociedad civil, que querían cooperar unos con otros para lograr una paz justa y duradera.

Angola encarna los enormes problemas y el ingente potencial de su gran continente, y creo que no debe ser olvidado. Me resulta curioso observar, dada la magnitud del problema en Angola, que a menudo las personas, al enumerar los problemas del mundo, mencionan 50 problemas pero se olvidan de Angola, cuyo pueblo ha sufrido tanto tiempo, como cualquier otra nación de la tierra, si no más.

De ese viaje, y de los otros ocho países que visité, surgieron muchos temas. El tema de centrar la atención en el VIH/SIDA, la decisión de dedicar a África el mes de enero del año pasado, cuando los Estados Unidos ocupaban la Presidencia del Consejo de Seguridad, y muchas otras cosas. Al anunciar que el mes de enero del año pasado, el primer mes del nuevo milenio, sería el “Mes de África” dijimos que, a nuestro juicio, éste sería el “Año de África” en las Naciones Unidas, y así fue. Pasamos tiempo en África y, aunque no voy a fingir ante ustedes que hemos resuelto sus problemas (de eso me ocuparé en un momento), creo que se puede decir que mantuvimos la fe, que mantuvimos a África como centro de atención.

Al mismo tiempo, logramos una ampliación histórica del ámbito tradicional de las deliberaciones del Consejo de Seguridad. Cuando el Vicepresidente Gore, hace exactamente un año, presidió el primer debate sobre la salud en la historia del Consejo de Seguridad (a pesar de la vehemente oposición de muchos tradicionalistas, incluidos algunos de mis subalternos), defendimos la tesis de que las estrechas

definiciones de seguridad de 1945 ya no daban resultado en el mundo moderno, y ganamos. Creo firmemente (y sé que cuento con el apoyo mayoritario de mis amigos africanos aquí presentes) que las Naciones Unidas no pueden funcionar como si se tratara de una serie de islas envueltas en batallas jurisdiccionales y batallas por el control de cierta zona de influencia. Necesitamos colaborar unos con otros, y gracias al apoyo de ustedes (los miembros africanos de las Naciones Unidas), Túnez, Malí, Namibia y de sus amigos, como Jamaica, entre otros, algunos de los países más tradicionales del Consejo de Seguridad (especialmente Rusia y China) se convencieron de que se debía debatir una cuestión relativa a la salud. La sesión del viernes será la tercera sesión al respecto y, como todos ustedes saben, también tenemos ya una resolución del Consejo de Seguridad sobre esta cuestión.

Reconocemos que los africanos quieren un Consejo de Seguridad receptivo, multidisciplinario y válido. Los Estados de África son los miembros más leales y exigentes de las Naciones Unidas. Su lealtad está justificada. Sus exigencias también están justificadas. Nosotros, los Estados Unidos, y ustedes, el Grupo de Estados de África, compartimos dentro de este marco varios objetivos importantes en materia de políticas. En primer lugar, debemos compartir el objetivo de lograr que las operaciones de mantenimiento de la paz de las Naciones Unidas tengan éxito. Esto quiere decir operaciones bien planificadas y basadas en mandatos realistas. Quiere decir contingentes mejor adiestrados, mejor equipados y mejor preparados. Quiere decir un Departamento de Operaciones de Mantenimiento de la Paz (DOMP) que en su funcionamiento atienda mejor a los países que aportan contingentes. Me apena profundamente que la Comisión Consultiva en Asuntos Administrativos y de Presupuesto (CCAAP) rechazara el nombramiento del tercer Subsecretario General de Operaciones de Mantenimiento de la Paz. Esto me ha dejado perplejo, no sólo porque se pedía en el Informe Brahimi que todos los jefes de Estado refrendaron en la Cumbre del Milenio, sino porque la CCAAP rechazó al que iba a ser Subsecretario General de Operaciones de Mantenimiento de la Paz cuando pertenecía a uno de los países que aportan contingentes. No lo comprendo. Y algunos de estos países, es decir, sus representantes en la CCAAP, presumiendo de ser expertos independientes (que no lo son, se lo aseguro), votaron en contra de algo que favorecía los intereses de los países que aportan contingentes. De modo que tenemos al Sr. Annabi, a quien todos respetamos, y a Mike Sheehan, un excelente funcionario estadounidense al que espero lleguen a conocer y que será de ayuda en las relaciones con el Congreso, pero el tercer subsecretario general iba a ser de uno de los países que aportan contingentes, y no necesariamente de un miembro, ni permanente ni elegido, del Consejo de Seguridad. Les ruego que den marcha atrás. Ustedes necesitan ese tercer subsecretario general.

No se puede tener una organización que es el ministerio de defensa de las Naciones Unidas con sólo dos segundos puestos y 450 o 500 personas dirigiendo operaciones en todo el mundo. Hay que separar lo militar de lo policial, la logística de las operaciones, la planificación del personal. Para ello se necesitan lugartenientes y me complace sobremanera que tengamos ahora a un estadounidense en el Departamento de Operaciones de Mantenimiento de la Paz bajo el mando de Jean-Marie Guehenno, pero necesitamos que un país de los que aportan mayores contingentes esté representado a nivel de subsecretario general. Así que espero que cuando yo me vaya, ustedes que pertenecen al grupo de Estados de África tomen la iniciativa en este sentido cuando se examine la cuestión en mayo.

Por otra parte, compartimos con ustedes también el objetivo de ampliar las operaciones de mantenimiento de la paz de las Naciones Unidas en África. Tanto si hablamos del Congo, sobre el cual volveré en un minuto a causa del dramático acontecimiento de las últimas horas, como de Angola, Burundi, Eritrea, Etiopía, Guinea-Bissau, la República Centroafricana, el Sáhara Occidental, Sierra Leona, Somalia y el Sudán, compartimos una convicción fundamental: en ausencia de otras fuerzas es necesaria la presencia de las Naciones Unidas, que deben contar con el personal, los recursos y los mandatos para ser parte de la solución. Los fracasos del pasado (y todos sabemos cuáles son y dónde están) no deben repetirse. Pero se repetirán, a menos que las Naciones Unidas equipen mejor al personal, desarrollen sistemas claros de comunicaciones, las mejores comunicaciones y misiones comunes. En Sierra Leona, cada país entendía de manera diferente su mandato y su misión. Los guineos, los zambianos, los nigerianos, los indios y otros entendían su misión cada uno a su manera. Las comunicaciones fallaron. En Nueva York sólo había tres personas supervisando las operaciones de Sierra Leona. Eso no puede repetirse. Debemos aprender de estos errores. Ninguna otra cosa es más importante para África. Y ahora que se ha revisado por primera vez en la historia la escala de cuotas para las operaciones de mantenimiento de la paz (y recalco esto para aquéllos que no estuvieron conmigo en Washington la semana pasada para oír al Comité de Relaciones Exteriores del Senado), y que creemos que aumentará el tope del 25% para dichas operaciones que los Estados Unidos de América se autoimpusieron arbitrariamente en 1994, es hora de prestar más apoyo al mantenimiento de la paz.

En este momento el General Powell asiste a la audiencia para la confirmación de su cargo y se le planteará esa pregunta. El Senador Helms y sus colegas han indicado que si el nuevo Gobierno está de acuerdo en que se aumente el tope del 25%, ellos estarían dispuestos a aceptarlo. El Senador Biden formulará una propuesta en respuesta a su generosa decisión de reducir nuestra cuota y nosotros haremos cuanto esté a nuestro alcance por cubrir la diferencia; así lo espero, lo creo, y haré todo lo posible por que se logre. Si se logra, les pido que aprovechen la oportunidad. Esto es sumamente importante para las Naciones Unidas. Esto afectará principalmente a África.

En tercer lugar, estamos de acuerdo con el objetivo de establecer un sistema importante de las Naciones Unidas que atienda mejor las necesidades de sus beneficiarios. Por sus beneficiarios no me refiero a los funcionarios públicos instalados en este edificio o en Ginebra, me refiero a las personas que deberían ser los destinatarios de cada dólar, naira o libra que aportan los contribuyentes y que las Naciones Unidas desembolsan. Es necesario fortalecer y ampliar el Departamento de Operaciones de Mantenimiento de la Paz de modo que refleje que de hecho se trata de uno de los Ministerios de Defensa del mundo que más trabajan. Al Secretario General Adjunto Jean-Marie Guehenno, quien es, como lo he señalado anteriormente para todos los efectos prácticos, el Ministro de Defensa o el Ministro de las Operaciones de Mantenimiento de la Paz de esta gran institución, debemos ayudarle a desempeñar su labor con más éxito y les pido a ustedes, nuevamente, que no permitan que burócratas de tercera categoría, personas que ni siquiera siguen las instrucciones de algunos de los Embajadores presentes en esta sala, se reúnan en sesión privada por la noche tarde para destruir algo tan importante como el Informe Brahimi. El Secretario General Adjunto debe contar con los medios necesarios para realizar su misión y esto es aún más importante para África que para cualquier otra región del mundo,

aunque también lo es para Timor Oriental, el Líbano, Kosovo, Bosnia, Chipre y otras partes.

En cuarto lugar, estamos de acuerdo con el objetivo de luchar contra el VIH/SIDA. Esto significa enfrentar el problema con más recursos y más sinceridad. Debemos asignar una mayor prioridad a este problema y por ello trataremos el tema antes de concluir nuestros debates el viernes.

En quinto lugar, apoyamos también el objetivo del desarrollo. No quisiera dejar de lado el tema del desarrollo y quisiera reiterar a mis amigos, en particular a los países del Caribe y a otros países en que no se realizan operaciones de mantenimiento de la paz, que los Estados Unidos no han puesto las operaciones de mantenimiento de la paz por encima de las actividades en favor del desarrollo, sino que han aumentado al mismo tiempo la cantidad de recursos asignados a esas dos actividades. Las Naciones Unidas fueron creadas fundamentalmente como organización encargada de evitar la reanudación de los conflictos mundiales. En el sentido estricto, ese objetivo se ha logrado, ya que en 55 años no ha habido guerra mundial. Sin embargo, el número de guerras pequeñas ha sido enorme y, entre tanto, hemos tenido que concentrarnos en un problema de desarrollo que resulta cada vez mayor y que los fundadores de las Naciones Unidas no habrían previsto ni imaginado.

Las Naciones Unidas no cuentan con los medios necesarios para hacer frente a otro problema que los fundadores de la Organización no previeron en absoluto; el problema del fracaso del sistema estatal. Este es uno de los nuevos problemas de seguridad, quizás el nuevo problema de seguridad del siglo XXI en África, los Balcanes y en partes de Asia.

Con respecto a cuestiones concretas, quisiera referirme brevemente a Sierra Leona y el Congo. Lamento decir que llegamos al final del año pasado e iniciamos el presente año sin poder decir que resolvimos algunos de los dos problemas. La buena noticia con respecto a Sierra Leona es que, después de una verdadera crisis durante la primavera del año pasado, la situación se ha estabilizado en ese país, aunque la situación actual no muestra un equilibrio aceptable. Se trata de cierto equilibrio pero no de estabilidad, les aseguro que la situación puede empeorar mucho más o puede mejorar. Mejorará únicamente si las Naciones Unidas adoptan un papel rector dinámico que permita lograr avances al respecto. Si la situación actual se mantiene, tarde o temprano estallará.

Quisiera referirme brevemente a la crisis que se vive en Kinshasa en estos precisos momentos. Actualmente existe una gran confusión e incertidumbre con respecto a lo que está sucediendo en Kinshasa. Hemos estado recibiendo información contradictoria, pero no me tomaré la molestia de compartir los últimos acontecimientos con ustedes porque es información que está a disposición del público. No obstante, deseo hacer un comentario general sobre la situación del Congo. No hay duda de que la cuestión del Congo es la más complicada o la más difícil de la que me he ocupado en los 38 años que llevo desempeñando funciones en el Gobierno y fuera de él. En este conflicto hay más partes interesadas que en cualquier otro, y resulta sumamente difícil resolverlo. Quisiera aclarar algo. Es posible que con la muerte del Presidente Kabila, según se informa, cambie la situación política; de hecho la situación política va a cambiar, pero no va a cambiar la realidad fundamental de que el Congo debe iniciar el proceso de transición pacífica hacia la democracia, esté o no con vida el Presidente Kabila (y al respecto la información es contradictoria). Las condiciones indispensables para lograrlo seguirán siendo las

mismas. Debemos colaborar en forma enérgica y dinámica con el pueblo congoleño para lograr que se sustituya el imperio de la arbitrariedad y la división por un sistema de gobierno de base amplia que incluya a todas las partes.

El Acuerdo de Cesación del Fuego de Lusaka, que se firmó antes de que yo asumiera este cargo, ha sido siempre el punto de partida lógico para iniciar ese proceso, un plan racional e inteligente. Por ello la función de liderazgo que ha asumido el Presidente Chiluba en esta labor es digna de elogio. Pero seamos sinceros. Todos los signatarios, sin excepción, han violado el Acuerdo. Si es necesario reestructurar el Acuerdo para poder aplicarlo hay que hacerlo. Pero las veces que hemos planteado la posibilidad de introducir cambios mínimos todos han dicho que no es posible cambiar una parte del Acuerdo porque habría que cambiarlo en su totalidad; de modo que nos hemos quedado con un plan de Lusaka que nunca se ha puesto en marcha. ¿En qué quedó la situación? El Secretario General de las Naciones Unidas, ejerciendo sus facultades y en virtud de una resolución del Consejo de Seguridad, decidió no desplegar a los 5.537 efectivos autorizados. Aunque es comprensible que muchos africanos hayan lamentado esa decisión, creo que esa decisión fue la correcta. Sin embargo, ¿cómo podía el Secretario General enviar a personal de las operaciones de mantenimiento de la paz de las Naciones Unidas para enfrentar una situación insostenible en un lugar en que sus vidas corrían peligro, y donde las Naciones Unidas habían sufrido más pérdidas humanas en operaciones de mantenimiento de la paz que en cualquier otro país del mundo en los últimos 40 años, si los signatarios del Acuerdo no habían cumplido su parte con respecto al plan de repliegue y desmovilización y si el Presidente Kabila y su Gobierno no habían entablado el diálogo nacional? Por lo tanto, el Acuerdo de Lusaka debe ponerse en práctica o debe reestructurarse. Cualquiera que sea la situación de Kinshasa, el diálogo nacional debe reanudarse. Es fundamental que las fuerzas extranjeras que ocupan una gran parte del Congo pongan fin a su acción ofensiva. No deberían tratar de aprovechar los acontecimientos que se producen en Kinshasa para aumentar su presencia en el país. Esas fuerzas no deben injerirse en el proceso político interno de Kinshasa. Debemos velar por que los congoleños que tomaron las armas ocupen también un lugar en la mesa de negociaciones al lado de sus compatriotas que han optado por la oposición sin armas.

La crisis del África occidental, de la que quiero ocuparme, también es digna de mención. En primer lugar, Guinea fue colonia francesa, Sierra Leona fue colonia británica y Liberia, como ustedes saben, ha mantenido una relación especial con los Estados Unidos desde su creación. Los tres países se encuentran en muy malas condiciones y ninguna de las denominadas grandes Potencias del último siglo pueden enorgullecerse de la función que han desempeñado allí. Sin embargo, debemos hacer frente a las situaciones conforme se presentan, independientemente de los antecedentes históricos, y lo mismo podría decirse con respecto al Congo. Hasta que los Gobiernos de Liberia, Sierra Leona y Guinea puedan gobernar en nombre y en beneficio de sus pueblos, la insurrección armada parece ser inevitable. Un tercer aspecto que cabe señalar en relación con la crisis del África occidental es que ha desaparecido la tradición africana de no recurrir a la intervención militar en Estados vecinos. Recuerdo lo difícil que fue para el extinto gran Presidente Nyerere tomar la decisión de derrocar al régimen brutal de Idi Amin de Uganda, puesto que su firme creencia en las normas de la OUA estaba en conflicto con la indignación moral que sentía frente a los excesos que cometía ese Gobierno. Al final, intervino por razones morales, pero con un máximo de renuencia. Sin embargo hoy, al observar el mundo y al

observar a África, comprobamos que algunos dirigentes africanos recurren a la intervención prácticamente sin límites y siempre por razones erróneas y egoístas, por interés personal o financiero para ellos o para sus cómplices y terminan por dejar en el poder a dirigentes corruptos y detestables.

En cuarto lugar, la comunidad internacional debe ofrecer a todas las partes en esos conflictos la oportunidad de aceptar los acuerdos negociados, pero si una de las partes muestra claramente su mala fe, debemos pedir a las Naciones Unidas que dejen de lado la imparcialidad. Por cierto, eso fue lo que sucedió en el caso de Bosnia. La posición de las Naciones Unidas con respecto al conflicto entre los oprimidos y el opresor, entre los agresores y las víctimas de la agresión, parecía ser durante demasiado tiempo neutral. El fracaso de las Naciones Unidas en Bosnia fue tan rotundo que los Estados Unidos tuvieron que dirigir la intervención de la OTAN y hacer a un lado a las Naciones Unidas para poder llevar la paz a Bosnia. Lamento lo que sucedió, aunque la función que desempeñé fue fundamental, y eso no lo lamento. Yo tuve que comunicar a las Naciones Unidas que no podían enviar a un representante a las negociaciones celebradas en Dayton y no me resultó fácil hacerlo porque aprecio y respeto a las Naciones Unidas como institución. Pero ésta había perdido su oportunidad. Seamos sinceros con respecto a la situación que se vive en países como Sierra Leona. Seamos sinceros en el sentido de que si una de las partes es la causa principal del problema debemos permitir que las Naciones Unidas puedan manifestar su opinión.

A ese respecto, estoy muy satisfecho porque en las resoluciones recientes que se aprobaron el año pasado en relación con los diamantes y otras cuestiones, se ejerce presión sobre los países que consideramos los principales responsables de la situación. En Sierra Leona tenemos a un Gobierno frágil, pero elegido democráticamente, que trata, con grandes dificultades, de hacer frente a uno de los grupos insurgentes más abominables del mundo, el Frente Revolucionario Unido (FRU), apoyado por quien otrora fuera un orgulloso miembro de la comunidad internacional y respetuoso de la ley, un fundador de la OUA. Nos aflige el hecho de que el Gobierno actual haya abandonado esos ideales. En realidad nos aflige, pero la única alternativa que nos queda es ejercer presión sobre los dirigentes que, como Slobodan Milosevic en Yugoslavia, han sido la causa principal del problema.

Dejando de lado las crisis del Congo, Angola y Sierra Leona, quisiera referirme a acontecimientos más generales que se han producido en África en los últimos 18 meses.

El Presidente Rawlings de Ghana nos recordó recientemente, mientras presenciaba unas maravillosas elecciones democráticas que han servido de inspiración al mundo, que África necesita escuchar más discursos de dirigentes que entreguen voluntariamente el poder. Hemos escuchado en ese sentido, las palabras de varios presidentes de África, entre ellos: los Presidentes Senghor y Diouf del Senegal, el Presidente Kaunda de Zambia, los Presidentes Nyerere y Mwinyi de Tanzania, el Presidente Masire de Botswana y, desde luego, el admirado Presidente Mandela de Sudáfrica. Sin embargo, esos discursos no se pronuncian en todos los países de África ni de otras partes del mundo. Y espero que llegue el día en que ya no sea un acontecimiento extraordinario presenciar una transición pacífica hacia la democracia, como la que se ha elogiado con toda razón en Ghana.

Deseo referirme ahora a la pregunta difícil de por qué algunos gobiernos de países de África y la comunidad internacional no han atendido los intereses de la

población de África tan bien como podrían haberlo hecho. Es un tema sumamente difícil, ya que todos los que se encuentran en esta sala, estén o no de acuerdo con lo que digo, se preocupan profundamente por sus países y por el continente africano. Aun así, debemos ser honestos y reconocer que podemos hacer mucho más por la población de África.

Una de las ideas muy difundidas en las Naciones Unidas es la de las “soluciones africanas para los problemas de África”. Yo mismo utilizo esta frase habitualmente al referirme a cuestiones como el Acuerdo de Lusaka. Sin embargo, cualquiera sea la intención y el significado que se le dé en África, esa misma frase suele ser utilizada por los occidentales como una excusa para la inacción y la interpretan en el sentido de que son problemas de África, que los resuelvan los africanos. Rechazo firmemente esa posición. A quienes estamos fuera nos incumbe la obligación y el compromiso de colaborar con los dirigentes de África para abordar esas cuestiones. Para mí la frase “soluciones africanas para los problemas de África” significa que nunca más se celebrará una conferencia como la de Berlín de 1884, en la que los extranjeros se repartieron África en provecho propio. Pero también significa que nunca se cristalizará el ideal panafricano si se fomenta el aislacionismo en África.

Considero que las “soluciones africanas para los problemas de África” deben consistir en que la comunidad internacional prestará asistencia a los africanos que asuman una posición rectora respecto de los problemas continentales. Existen muchos ejemplos de ello: el Presidente Wade del Senegal, el Presidente Konare de Malí, el Presidente Chiluba de Zambia, el Presidente Chissano de Mozambique, el Presidente Bouteflika de Argelia, el Presidente Guelleh de Djibouti, el Presidente Mbeki de Sudáfrica, el Presidente Bongo del Gabón y el Presidente Obasanjo de Nigeria. Puedo decir que me siento sumamente orgulloso de haber podido conocer a algunos —la mayoría de esos dirigentes— como personas y amigos. Uno de los momentos más trascendentes de mi vida ocurrió cuando tuve la oportunidad de conocer al Presidente Konare, al Presidente Obasanjo, al Presidente Mbeki, al Presidente Masire, al Presidente Chissano y a otros grandes dirigentes de África, estadistas de gran categoría que deben constituir un símbolo para otros países.

Pero “soluciones africanas para los problemas de África” no debe significar tampoco “dénnos tan sólo el dinero pues podemos prescindir de los consejos”. La idea es que se entable una alianza y relaciones de interdependencia a medida que África se integra al sistema mundial. No creo que África sea distinta. Antes de llegar aquí me decían reiteradamente, en particular los expertos en África, que África era singular y distinta. Afortunadamente, había trabajado en Asia y en Europa y me habían dicho que Asia era distinta y singular y que Europa era distinta y singular antes de que llegara a África. Desde luego, todo país es singular y toda persona es singular, pero los problemas no son singulares. Mis amigos africanos se sorprendieron cuando les conté lo que me habían dicho después del viaje que realizamos en mayo del año pasado en el marco de una misión del Consejo de Seguridad. Pero que les dijera que todos los problemas con que nos enfrentábamos en el Congo, en Etiopía y Eritrea y en otras partes de África eran similares y en algunos casos idénticos desde el punto de vista estructural a los problemas con que nos habíamos enfrentado en Europa y Asia, no fue una falta de respeto sino un indicio de que existen problemas universales con características individuales y locales que deben ser abordados de esa manera.

Es preciso abordar abiertamente las barreras que se interponen a la evolución de África. África y la OUA y las demás organizaciones, como la Comunidad Económica de los Estados del África Occidental (CEDEAO) y la Comunidad del África Meridional para el Desarrollo (SADC) —dos organizaciones con las que he tenido relaciones muy estrechas— han de ubicarse junto a la Unión Europea, la Asociación de Naciones del Asia Sudoriental (ASEAN), la Organización de los Estados Americanos (OEA), el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLC) y otros grupos regionales. Creo que eso es posible y considero que ese debe ser el objetivo de África.

Permítaseme ser algo audaz y muy franco con ustedes. No considero que África y su gran pueblo hayan sido plenamente atendidos por algunos de sus dirigentes e instituciones. La OUA es una gran institución con una historia importante y notable. Aunque siento gran respeto y afecto por mi amigo Salim Salim, el Secretario General, en los últimos años, la OUA, como organización, ha sido menos que la suma de sus partes. Cuando la liberación figuraba entre sus objetivos, la OUA estaba unida y realizaba una contribución absolutamente fundamental y trascendente a la historia. Los arquitectos de la descolonización están todos estrechamente vinculados a la OUA; grandes nombres como Nyerere, Nasser, Nkrumah, Touré, Ben-Bella y Khama. Sin embargo, si la ideología de la época de la liberación sigue siendo la fuerza que impulsa a la OUA, y teniendo en cuenta que nos encontramos en el segundo año del nuevo siglo, la institución se convertirá simplemente en un museo de la historia del nacionalismo africano.

La OUA dio un paso histórico cuando decidió no dar lugar en su seno a los gobiernos que asumen el poder por medios no constitucionales. Esa decisión ya ha tenido consecuencias positivas para la situación imperante en Côte d'Ivoire y en las Comoras. Cabe preguntarse si la OUA podría ampliar el alcance de esa decisión para incluir a los gobiernos que se mantienen en el poder por medios no constitucionales o que violan las sanciones internacionales respecto de la explotación de las minas de diamantes o que fomentan la guerra civil en los países vecinos. Antes que dejar incólumes las prerrogativas de los gobiernos de hacer lo que deseen en sus propios países, la OUA podría considerar la posibilidad de tomar la iniciativa de promover la integración económica y política.

Cuando África se une en torno a esos ideales —ideales que ustedes expresan en todas las declaraciones— la unidad constituye una fuerza potente que impulsa un programa regional. No obstante, cuando África decide unirse en la negativa a criticar a uno de sus propios países, o cuando automáticamente supone que su programa no se diferencia del Movimiento de los Países No Alineados o del Grupo de los 77, la unidad puede convertirse en un obstáculo. La unidad también puede convertirse en el mínimo común denominador que impide lograr los objetivos. Considero que uno de los mayores problemas con que se enfrenta el Grupo de Estados africanos al ingresar en la escena mundial como una entidad de gran importancia —pues ya constituye una entidad muy importante en la escena mundial— consiste en definir nuevamente el empleo de la unidad como instrumento para promover y defender los valores democráticos comunes.

Como sé que podría decepcionarlos si no expresara una idea verdaderamente audaz, hela aquí. Tras 18 meses en las funciones de Embajador de los Estados Unidos ante las Naciones Unidas he llegado a una conclusión que compartiré con ustedes y que sé que provocará controversias. No espero que estén de acuerdo conmigo

y, aunque lo estén, no espero que puedan decirlo tan libremente en público en este momento. Aun así abrigo la esperanza de que examinarán la idea y la debatirán en el curso del año próximo. La expongo en el marco del respeto mutuo entre amigos, y al mirar a mi alrededor veo a muchos.

Con todo respeto pido hoy a los países de África que reconsideren sus vínculos con el Movimiento de los Países No Alineados, el cual, en este momento, no es un aliado de África. Los objetivos de África y los del Movimiento no coinciden. Ahora bien, este problema ha sido atenuado en forma hábil e incluso brillante por el hecho de que en el ciclo actual el Presidente de Movimiento de los Países No Alineados es también el Embajador de Sudáfrica, el Sr. Dumisani Kumalo, un muy buen amigo. Dumisani ha mitigado el problema en forma brillante, pero en cada cuestión el Movimiento no está funcionando en provecho de África sino en favor de otras cuestiones ajenas. Se está obligando a África, como parte de la posición solidaria del Movimiento, a apoyar posiciones que no redunden en interés de África. Esta es una anomalía histórica.

Algunos de los fundadores del Movimiento de los Países No Alineados también participaron en la creación de la OUA. Todos ustedes conocen sus orígenes en Bandung en 1955, en una época distinta y accidentada, en plena guerra fría, con hombres como Chou En Lai, Tito, Sukarno, Nkrumah y Nasser. Pero estamos en 2001 y no hay ninguna cuestión en la que las posiciones del Movimiento hayan beneficiado al Grupo de Estados africanos. Vuestras voces ya no son escuchadas en el seno de la OUA, como Grupo de Estados africanos, al estar asociados con un grupo dominado por extremistas no africanos y uno o dos miembros de África, que no representan los intereses de vuestro pueblo, y que está obsesionado con otros problemas. El Grupo de los 77 es un tanto diferente ya que se centra en cuestiones económicas. He tenido problemas con el Grupo de los 77 porque algunos de sus miembros no eran precisamente países en desarrollo y por consiguiente la lucha por la escala de cuotas en la que el Grupo de los 77 llevó la iniciativa fue a menudo muy peculiar ya que la posición del Grupo era determinada por sus miembros más ricos y no favorecía a los miembros pobres. Sin embargo, comprendo el valor del Grupo de los 77 ya que la cuestión de la transferencia de recursos es un asunto legítimo e importante en el que vuestros esfuerzos no deben flaquear.

A mi juicio, el Movimiento de los Países No Alineados debería dejar de existir como entidad independiente, fusionarse con el Grupo de los 77 o de lo contrario, ustedes y el Grupo de Estados de África —y reconozco que esta es una cuestión que debe ser tratada a un nivel mucho más alto que el de esta reunión— deberían considerar la posibilidad de distanciarse del Movimiento de los Países No Alineados, a fin de proteger los intereses de África y no permitir que menos de 10 Estados extremistas los arrastren a una posición que no necesitan. Todos los países representados en esta sala son miembros de ambos grupos y sé que estoy formulando una sugerencia que puede tener gran trascendencia histórica, pero dejo mi puesto dentro de tres días y deseo dejarles algo para reflexionar.

Todos los que han trabajado conmigo conocen lo ocurrido en los últimos 17 meses. Reiteradamente he formulado propuestas que han sido consideradas ofensivas o provocadoras al comienzo, pero después de haberlas analizado durante meses hemos llegado a soluciones intermedias aceptables. Si me quedara otro año, formularía la misma propuesta pero con mayor calma y luego conversaría con todos ustedes hasta determinar si sería viable o no, pero ya que no puedo hacerlo sólo deseo

que reflexionen al respecto. Debido a la responsabilidad que les incumbe —y ahora me dirijo sólo a mis amigos de África, no a los Embajadores de países no africanos que están presentes, aunque veo a muchos Embajadores de países no africanos con los que mantengo una relación estrecha— deberían examinar la forma en que las otras asociaciones, y en particular el Movimiento de los Países No Alineados, contribuyen a debilitar vuestros objetivos fundamentales. Ésta es vuestra institución. África es la fuerza dominante en las Naciones Unidas cuando ustedes desean que lo sea. Piensen en África y no se dejen llevar por otros problemas de otras partes del mundo, que son las luchas de otros pueblos, que derivan de la lucha contra el colonialismo o la guerra fría o de cierto extremismo residual de unos pocos países anacrónicos.

Al decir esto, deseo nuevamente rendir homenaje al Embajador Kumalo, cuya dirección del Movimiento de los Países No Alineados ha hecho que podamos ocuparnos de esta cuestión. Si hubiera sido de otro modo, la situación habría sido aún más difícil.

Para concluir, considero que la seguridad de África, su bienestar y su libertad son en última instancia tan importantes para todos nosotros como para la propia África. Los visionarios que fundaron las Naciones Unidas fueron personas que se situaron por encima de los conceptos tradicionales del interés nacional y la seguridad nacional. Reconocieron que la seguridad y la prosperidad tenían un alcance mundial y que no podían existir en forma aislada. Los representantes de los Estados de África aquí en Nueva York han sabido siempre que individualmente era difícil hacerse escuchar. Tal vez eso no ocurra con los cuatro países más grandes de África, que siempre serán escuchados, pero para los países más pequeños era fundamental tener una voz colectiva y cuanto más representativa tanto mayor iba a ser su eficacia. Durante el tiempo en que estuve en las Naciones Unidas ustedes me concedieron el honor singular de dirigirme a ustedes a título personal y grupal y, cada vez más, en calidad de amigo. En ambos casos, vuestro mensaje expresa la fe que depositan en las Naciones Unidas, la esperanza en la función de los Estados Unidos y las necesidades impostergables de vuestros pueblos.

A título personal deseo darles las seguridades de que escuché vuestro mensaje y que seguiré escuchándolo al regresar a la vida privada. Me propongo seguir interesándome activamente en los problemas de África y aguardo con interés la posibilidad de seguir manteniendo un diálogo con quien desee sostenerlo. Espero seguir viajando al África y cultivando las hermosas amistades que Kati y yo hemos cosechado en el Grupo de Estados africanos, entre todos ustedes, en calidad de embajadores y entre el grupo más amplio de estadounidenses que se preocupan por África. Espero que me sigan considerando parte del conjunto mundial de personas que lucha por promover al África —razón por la cual me dirijo sólo al Grupo de Estados africanos y no a los demás grupos regionales en el momento en que dejo este puesto— uno, del número cada vez mayor de estadounidenses que comprende la importancia de África y que se preocupa por el continente, sus problemas y ante todo, su pueblo. Y por sobre todas las cosas, espero que me sigan considerando vuestro amigo.

Muchas gracias.